

¡Oh madre! resguarda la conciencia de tus hijos, hazles chupar con tu leche la leche de la justicia. ¡Oh maestro! cuando se ponen los niños entre tus manos, haz penetrar la conciencia hasta el fondo de su sér. ¡Oh sacerdote! hazla penetrar más lejos, hasta las profundidades á donde el Cristo ha llegado. ¡Oh legisladores! acordaos de la conciencia, no la olvideis jamás! Cuando expedís una ley, vuestra pretensión es sostener el orden social; pero sabed que la conciencia sola es el sostén de la ley, y que solo Dios es el sostén de la conciencia. Pensad en las generaciones venideras, que pueden ser víctimas de ese ateísmo ciego, cuyo único miserable genio es el de un interés egoísta

Todo testigo debe, pues, tener por garantía de su palabra la honradez de su conciencia. Es necesario, y es bello, que preste juramento para atraer por cima de él, la intervención de la eterna justicia. Y desde luego tenemos fe en él, porque estando cerca de Dios, toca la eterna moral, la eterna justicia y la eterna perfección.

¿Cuál es el valor de Jesús bajo el punto de vista de la santidad moral? ¡Ah, Señores! Yo quisiera poder relataros aquí, por toda demostración, la historia de esa vida del Maestro, de esa vida del hombre que se decía hijo del hombre, declarándose á la vez Hijo de Dios.

Nunca belleza semejante ha brillado sobre la tierra; nunca semejante elevación; nunca—digamos la palabra—tal santidad ha honrado y deslumbrado la especie humana. Y no exceptúo nada, ningún nombre de la historia; podeis examinar todas sus páginas y no hallareis un sólo ejemplo de hombre que haya tocado tal altura.

Vosotros que conoceis á la humanidad, sabeis que el ideal de la virtud está siempre por cima y lejos de nosotros; que nunca la alcanzaremos; todos tenemos nuestras

flaquezas y nuestras miserias y para reconocerlas nos basta con un poco de sinceridad. Nadie hay que se atreva á llamarse perfecto y sin tacha. Puede haber uno ú otro que se vanaglorie de poseer tal ó cual virtud; temperamentos equilibrados que moderen sus instintos; corazones generosos que se abran espontáneamente á la benevolencia y á la misericordia; naturalezas pacíficas que busquen la conciliación y la calma. Pero, Señores, hay mucha distancia de estas virtudes parciales á la perfección y á la santidad totales que resplandecen en Jesús.

El hombre es atraído en tres direcciones: por la conciencia, por los intereses, por los instintos. La conciencia tiende á llevarlo al bien y á la honradez; el interés lo solicita hacia lo útil; los instintos lo inducen al placer. Ahora bien, por ley casi universal de la humanidad la conciencia es frágil; titubea con frecuencia para encontrar su ruta y es impotente para mandar siempre y realizar el bien perfecto; el interés perseguido ávidamente nos aprisiona en el egoísmo, y el placer enciende nuestras codicias y nos arrastra á mil excesos.

En Jesús nada semejante á ésto; él escapa á esta fatal corrupción. Su conciencia era la manifestación de la voluntad del Padre celestial. Oía siempre en sí esta voluntad; la expresaba, la repetía, había hecho de ella la ley de todos sus actos; su vida entera estuvo al servicio de esa voluntad divina y jamás dejó de acatarla. Hasta decía que su alimento era cumplir la voluntad de su Padre celestial. Notad que en el Evangelio nunca se habla de la conciencia de Jesús, y sí á cada paso, de la voluntad de su Padre. Siendo pues la voluntad de Dios la perfección misma, Jesús, al acatarla dócil, ha realizado la perfección absoluta en su existencia humana.

En cuanto á sus intereses, no tenía más que dos: el in-

terés de su Padre,—doce años ha vemos, por una palabra marcada por un evangelista, que los intereses de su Padre eran su constante preocupación—la gloria de Dios, como diremos hoy; después, el interés superior de los hombres; porque la gloria de Dios, para Jesús, era, en realidad, que Dios reinara entre los hombres. Quería que, en vez del instinto que arrebatara y de la ambición personal patriótica humanitaria que engaña, la voluntad de Dios estuviese en ellos como estaba en él, elevando así sus intereses domésticos, patrióticos y humanitarios á la altura del infinito.

Hé ahí el interés humano que Jesús perseguía. Toda su vida, desde el momento en que entra en escena, hasta su última hora, ha sido consagrado al triunfo de su Padre y al bien de los hombres.

Sus días eran admirables. Si contemplais y estudiáis los vuestros, vereis de qué miserias están llenos. Contemplad y estudiad los de Jesús, durante los dos años y algunos meses que comprende su vida pública, y vereis que todos se dividen entre el bien de su Padre y el bien de los hombres.

Se levantaba antes que los demás, antes que el sol, y empezaba por hacer oración. Se retiraba lejos de poblado, á las campiñas solitarias, porque no se puede orar tan bien como en ellas, entre el tumulto de las cosas humanas. Después de orar, le rodeaban sus discípulos, que ya le andaban buscando. El les decía entonces: "Vamos á evangelizar á las multitudes, á llevarles la buena nueva." Y repetía con frecuencia á sus apóstoles: Vamos, vamos á evangelizar.

Y volviendo á las poblaciones, se le presentaban, por ciento, por millares, enfermos, estropeados, ciegos, paráliticos, febricitantes, epilépticos, enajenados. La multitud

era tal, que no le dejaba tiempo para comer; era preciso ir abriendo camino por entre ella para dejarle pasar; todos venían á pedirle su curación y él los curaba; y era aquello un concierto de bendiciones por parte de todos los curados.

Era su vida una lluvia de beneficios. Perdonaba á los que le exigían una vida superior, ó bien discutía para hacer entrar su doctrina en las inteligencias rebeldes, no buscando más que el bien y la gloria de su Padre.

En cuanto á sus placeres ¡oh! de ellos nada se dice en la vida de Jesús. Su única alegría era hacer el bien. Cuando había podido curar, devolver la fe y transformar naturalezas, experimentaba inefable gozo que lo hacía estremecer.

Un hecho me ha llamado siempre la atención en su vida; en medio de las fatigas de su apostolado olvidaba comer:—Maestro, come, pues, le decían sus discípulos; y él les respondía: Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre.

Hé ahí, Señores, un rápido bosquejo de la honradez moral de Jesús; mejor diría, de su santidad heróica, porque si se mide la santidad del hombre por la perfección de la regla á que obedece, ¿qué santidad puede ser comparable á la de Jesús, que no tiene otra voluntad que la de Dios, y cuya vida no contiene la menor infracción de esa ley sublime; de Jesús que no ha conocido más que el interés eterno del hombre, idéntico á la gloria de su Padre, y que no ha querido saborear sino las alegrías inmateriales del espíritu?

¿Cuál es, para nosotros, la prueba de nuestra honradez, fuera del acto solemne de un juramento verídico? ¿Hay un signo cierto, evidente, infalible, que nos permita reconocer al hombre honrado? El hombre honrado no es el que

se golpea el pecho, es el humilde de corazón, el penitente sincero que se arrepiente y llora. Cuando veáis un hombre que no conoce el arrepentimiento, no habrá más que dos hipótesis posibles: ó Dios lo ha elevado, asumido en su perfección divina, ó ese hombre no es sincero.

Jesús no se ha arrepentido nunca. Cuando murió en la cruz, pidió perdón para sus verdugos. La historia no conoce de él una palabra que denuncie sus propias miserias morales, y es que no las tuvo.

Los testigos oculares que han contado su vida, han dado testimonio de una santidad que no tiene igual en el mundo y que ninguna debilidad ha empañado.

Que se yergan los que no hayan pecado, pero los que hayan pecado se inclinen ante Aquel que ha sido el hijo bien amado del Padre, ante Aquel contra el cual sus mismos enemigos no han podido señalar en nombre de la justicia, la menor mancha, la más pequeña imperfección.

Allí está, radiante en su gloria, su caridad y su santidad, y nunca, sean cuales fueren las injurias que le hayan herido, nunca una palabra ha empañado la hermosura moral de su vida. Jamás ha conocido la flaqueza humana.

Que permanezca en pié, en medio de los seres prostrados y arrepentidos, como el ideal de la justicia, de la belleza moral, y por consiguiente de la sinceridad. Cuando él hable, cuando testifique un hecho, una verdad,—por más transcendental que el hecho sea, y por más misteriosa que sea la verdad,—que se le escuche: él es el primero de los testigos, el testigo por excelencia, el testigo á quien no puede rehusarse la fe.

Necesita asimismo el testigo, Señores, la competencia en lo que afirma. ¿Y está establecida la competencia de Jesús afirmando su divinidad? Yo no me extenderé, porque es inútil, sobre un valor intelectual, en el sentido pre-

ciso de la palabra. No diré nada acerca de la sublimidad de su razón y de su espíritu, bajo el punto de vista de las verdades eternas que anunciaba; de la moral absolutamente superior que promulgaba, ó de las palabras doctrinales salidas de su boca divina.

Quiero limitarme á mostraros su competencia, respecto de la declaración de su divinidad.

Observad que la divinidad de Jesús, afirmada por él, es un hecho de conciencia, un hecho interior, y del cual no sólo tenía el sentimiento, sino la visión; un hecho que no podemos penetrar, como no podemos penetrar, por ejemplo, el respeto ó la afección de que vosotros me ofrecéis seguridades.

Vosotros me decís: "Yo os estimo," yo no lo veo, pero vuestra conducta me lo demuestra, y creo en ese hecho interior, invisible.

Jesús dice: Yo soy el Hijo de Dios.—"Sí, le dice al sumo sacerdote que le interroga solemnemente, si yo lo soy, tú lo has dicho. Y un día vereis al Hijo del hombre sobre las nubes, sentado á la derecha de su Padre." Observadlo bien, Señores, no hay ahí una teoría. Nunca Jesús ha hecho teorías ni sistemas, como los moralistas ó filósofos humanos. Se trata de un hecho divino, transcendental, que se nos escapa, pero del cual él da testimonio. Su palabra es una testificación para la cual pide fe. Pues bien, cuando se trata de atestiguar un hecho de conciencia, no hay sino dos hipótesis admirables: ó el testigo se engaña sobre sí mismo y sobre el hecho que testifica, ó no se engaña. Si se engaña, es un alucinado; si no se engaña, es un sabio.

El dilema es riguroso. Jesús testifica que es el Hijo de Dios. Al afirmarlo ¿es un alucinado ó es un sabio? Plantear la cuestión es resolverla. Los que conozcan la vida de

Jesús, nunca admitirán la hipótesis de alucinación. Y á los que no hayan leído su vida, les diré: Cuando un iluminado, un alucinado habla, podrá, cuando mucho, conmover un instante el limitado medio doméstico en que se agite. Los alucinados pueden alguna vez obtener que se hable de ellos en una población, en un lugar donde se ame lo nuevo [en todas las edades hay lugares de estos]; pueden, cuando más, atraer sobre ellos la atención de un pueblo ligero y frívolo, y hasta la de algunos sabios; pero el mundo pása, y aquellos son pequeños guijarros que la locomotora pulveriza al pasar.

Mas cuando la afirmación de un hombre, como la de Jesús, ha puesto en movimiento un pueblo; cuando ha puesto en agitación, hasta lo dramático, á todas las autoridades religiosas; aquellos Saduceos, aquellas grandes familias de Israel que participaban de la dirección de su país; cuando ha podido causar la revolución de una Nación entera; cuando ha hallado medio de penetrar en el mundo romano, como un cartucho de dinamita, y hacerlo volar en pedazos, no para aterrorizarlo, sino para renovar aquel pueblo carcomido, aquellos viejos romanos, aquellos filósofos escépticos, aquellos senadores soberbios, aquellos vividores, aquellos gozadores, aquellos epicúreos, toda aquella muchedumbre minada por el vicio, la lujuria y la indiferencia; cuando esa afirmación ha entrado allí, conmoviendo toda aquella humanidad podrida; cuando no sólo ha entrado en ese mundo, sino hasta entre los Bárbaros que lanzaban sus caballos contra los ruinosos muros de la Roma imperial; cuando ha sabido dominar sus conciencias y domarlos; y cuando hoy mismo en este mundo cansado de doctrinas, de filosofías, de escritores, de política, y que busca algo que le mueva; cuando hoy en este mundo esa afirmación sigue manteniéndolo todo en con-

moción y en expectativa, yo os pregunto: ¿es esa la palabra de un iluminado? ¿es la afirmación de un alucinado?

Ya lo veis tan claro como yo cuando semejante palabra penetra así por todas partes, abriéndose camino en el espíritu y en la conciencia, conmoviendo los pueblos y las civilizaciones; es preciso ser sinceros é inclinarse ante su poder; no es entonces el hombre, Señores, es Dios quien pasa.

La palabra de Jesús testificando su divinidad se nos presenta revestida de un carácter que debo señalar, porque añade á su fuerza una garantía suprema. Admirad, Señores, con qué arte divino ha querido el Hijo de Dios tratar á la humanidad. No ha querido decir esa palabra como un filósofo, como un gran pensador, ó como un político hubieran podido hacerlo; ha querido que esa palabra, que no soporta la vacilación ni la duda, fuera sellada con su pasión, su sangre y su muerte.

Porque es un hecho histórico; Jesús ha sufrido,—os lo he dicho ya hace ocho días,—Jesús ha muerto por haber afirmado que era el Hijo de Dios. Y obrando así, ha revestido su afirmación de toda la potencia persuasiva que una palabra humana puede reclamar.

En efecto, yo no conozco sino dos clases de palabras; las que nos procuran aplausos, nos conducen á la gloria y nos hacen vivir, y las que nos comprometen, sublevan la opinión contra nosotros y nos acarrearán la persecución y la muerte.

Cuando yo veo á mis contemporáneos vivir de sus palabras, recoger por ellas la gloria, la gloria de la opinión, de sus émulos y de su siglo; si esas palabras son bellas, las acepto gustoso, pero la fortuna triunfante de esos hombres me inquieta, y si se tratara de un testimonio, yo dudaría antes de creer. Me diría: ¡Son tan felices estas gen-

tes que. . . ¡quién sabe! quizá es el interés personal y no la verdad quien les inspira. . . .

Que un hombre, por el contrario, pronuncie una palabra, formule una doctrina, por las cuales deba afrontar lo oposición y el odio de los suyos, las amenazas, las persecuciones y la muerte: ¿cómo no estimar á ese hombre? Sufrir y morir por la verdad; ser tratado á causa de ella como un malhechor público, he ahí la más bella suerte y el privilegio de los profetas. Y bien: ¡vivan los padecimientos y la muerte! Que nos formen cortejo á nosotros que llevamos á la humanidad la palabra y la verdad de Dios.

Envueltos por el sufrimiento, la muerte ante nosotros, pasaremos entre los hombres, y obligaremos á la multitud indiferente ú hostil, á inclinarse, cuando ya no existamos, y á reconocer la verdad de lo que hemos testificado.

Jesús marchaba el primero en esa heróica vía, magnífico, desconocido por su pueblo, por casi todos sus contemporáneos, judíos, romanos y griegos, escuchado solamente por algunos ignorantes. Va á la muerte como quien sabe de antemano que está señalado para víctima, diciendo: "Cuando yo haya sido elevado de sobre la tierra, creerán en mí." Y en efecto, el crucificado de los judíos, después de haber rendido á la verdad que afirmaba este testimonio sangriento, irrefragable, ha atraído hacia sí á los hombres con un movimiento que los siglos no disminuirán.

Sólo hay en este mundo una grandeza que resiste á todo: la del testimonio verídico. Por el testigo las familias viven. Por un testimonio tú, mujer, crees en la fidelidad de tu esposo, y tú esposo, en la de tu mujer. Por el testigo hay justicia. Por el testigo duran los reinados. Por el testigo vive la Iglesia. Por el testigo la divinidad de Jesús se ha implantado en la conciencia humana.

Y entre todos los testigos, el que por su competencia es

el más indiscutible; el que puede reclamar en justicia, mediante su muerte, la más absoluta confianza, en la más divina palabra que se haya jamás registrado en los anales de los mártires, es Jesús.

¡Oh testigo Jesús, de quien soy yo discípulo humilde; tú estás verdaderamente asentado sobre la divinidad de tu testimonio! Puede el mundo pasar, llenarte de injurias á ejemplo de tu pueblo, que no vaciló en llamarte poseído del diablo y samaritano,—última palabra, en su boca, del ultraje y de la blasfemia.—Sí, puede el mundo pasar, pero tú quedarás radioso, en tu martirio y tu santidad, y nosotros vendremos á arrodillarnos ante tí y á proclamar como el Centurión: "¡Este hombre decía verdad. Era ciertamente el Hijo de Dios!"

